





VIDAS SIN TIEMPO



Guiomar Patiño

VIDAS SIN TIEMPO



Primera edición: mayo de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Guiomar Patiño

ISBN: 978-84-19748-76-8

ISBN digital: 978-84-19748-77-5

Depósito legal: M-16202-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi madre, ya más allá del tiempo y la memoria,
pero siempre más acá del amor.*

Tu hija.



Aliquando enim et vivere fortiter facere est.
Algunas veces incluso vivir, es un acto de coraje.
LUCIO ANNEO SÉNECA
Córdoba 4 d.C. - Roma, 65 d.C.



ÍNDICE

Prólogo	13
Hombres.....	15
El Carlista.....	17
El poeta.....	27
Arma	33
Manuel	37
Familia.....	45
Carbón	51
El emigrante.....	57
4703.....	63
Dios y los hombres.....	75
«Prius quam gallus cantet, ter me negabis. Et egressus foras, flevit amare»	77
«Numquid ego sum, Rabbi?». «Tu dixisti».....	81
«Noli me tangere!».....	85
«Filiae Ierusalem, nolite flere super me».....	89

Los hombres y el destino	97
La hora del lubricán	99
Tierras Nuevas.....	103
La cólera funesta	107
Elisa, vida mía.....	109
Livius Andronicus Ilicae suae.....	113
Clodia Pulchra.....	123
Hombres y dioses.....	125
Ulises en cinco mujeres	127
De Penélope o la visión de una mujer	143
Mientras Meleagro unta la frente.....	149
Alcestis.....	153
Un toro y un lobo	161
Una luz intensa	167
Las mujeres amables	171
Sentada en la oscuridad	179
No solo el Minotauro	183
Corre	193
Hija de reyes.....	201
La que lucha como un hombre	217
Una túnica	221
La memoria	231

Prólogo



Vivimos tiempos revueltos en los que nos parece que lo que nos pasa solo nos pasa a nosotros y no le ha pasado nunca a nadie. Vivimos sujetos a un único tiempo: el presente.

Pero, ¿no sería posible que esa fuera la mayor falacia que nuestra imaginación, egocéntrica al fin, ha sido capaz de crear?

A lo largo de los muchos siglos en que el hombre está rodando por esta bola rodante que llamamos mundo, otros muchos lo han pensado antes que nosotros, y otros antes que esos otros.

Sin embargo, en estos cuentos, de temática más bien variada, el hilo conductor es precisamente lo contrario: la eternidad de las situaciones y de las reacciones del hombre.

Por eso lo he titulado como lo he titulado. Mis personajes, todos, están fuera del tiempo porque sus vivencias son eternas hasta el punto de que, según mi modo de ver, cualquiera se podría identificar con cualquiera de ellos, de los vivos, de los inventados o de los mitológicos.



Son vidas sin tiempo, porque son pura expresión de sentimiento, la única realidad del ser humano que está fuera del tiempo, que lo supera y lo aniquila.

GUIOMAR PATIÑO PÉREZ
Murcia, 6 de diciembre de 2020

Hombres



El Carlista

La noche está oscura, casi lúgubre y es que no hay nada más terrible que una noche tormentosa en julio. O tal vez son los ojos del hombre que mira a través de la ventana los que tiñen la tierra de la inmensa tristeza que cubre su alma.

El fuego está encendido, lo que no deja de ser inusitado, pues, por fría que esté la noche, el verano hace mucho que hizo su aparición y estas son tierras de los «meses de infierno». Y, sin embargo, no estaría el ambiente más gélido si estuviésemos en diciembre.

Como en un movimiento maquinal, el hombre se cierra sobre el pecho su capote militar ante la ventana abierta, mientras el aire juguetea con sus cabellos, descuidados y blanquecinos.

Junto al hogar una niña, con el rostro arrebolado por la proximidad del fuego, se afana sobre él y el sudor perla su frente y su pecho, cubierto por una fina camisa veraniega. Está quemando papeles y legajos y eso explica las llamaradas fuera de temporada.

En el exterior nadie diría que dentro ocurre algo anormal. El viento se encarga de dispersar el humo y el olor

a tierra mojada oculta el del papel quemado. Además, la noche está demasiado despacible como para que nadie se aventure fuera de su casa. Ni siquiera los pastores duermen al raso en noches como esta.

De pronto la niña levanta la cara y se dirige al hombre con un hilo de voz:

—Señor —la llamada, apenas audible sobre el crepitar de las llamas y el ulular del viento, tiene la virtud, sin embargo, de despertar al interpelado de su ensueño.

Se vuelve él y la interroga con la mirada y con el gesto. La muchacha señala los papeles. Ha quemado un montón, los que quedan están ordenados, clasificados, en carpetas. No se atreve a condenarlos sin que él dé su aprobación.

El hombre se encamina hacia el hogar y, al aproximarse, el calor lo hace desprenderse del capote, que deja apoyado sobre una silla. Allí cubre una boina blanca con borla dorada y un sable con empuñadura roja.

Al darle la luz rojiza en el rostro, la niña clava sus ojos azules en él. El hombre no tendrá más de cuarenta años, pero su rostro muestra a las claras señales de fatiga. Su palidez está acentuada por el tono grisáceo de una barba de dos días y los ojos, de un verde triste en los que ya no queda la chispa de vida que antes los animara, se hunden en violáceas ojeras. El pelo, prematuramente encanecido, está revuelto por el viento.

Cuando se inclina sobre los papeles en los que la niña apoya la mano, el rostro de él pasa por el de ella y una intensa, pero brevísima, luz anima por un instante sus

ojos. «¡Ay, si la hubiese conocido antes, solo unos meses antes!».

A pesar de su tristeza no puede reprimir el gesto, humano al fin y al cabo, y, sujetándola por la nuca, le alza el rostro hasta apretar sus labios curtidos con la húmeda timidez de la muchacha.

Ella no rehúye el gesto, pero cuando él se separa y busca sus ojos, inclina la cabeza ocultándoselos a la vista.

La puerta se abre al estrépito de la noche y otro hombre, con pelliza y modales de pastor, irrumpe en la amplia cocina.

—Señor, están cerca y a medianoche saldrá la luna. La tormenta amaina. Todo está preparado.

Si algo había vuelto a vibrar en aquel paralizado corazón, murió al instante. Los ojos retornaron a su tristeza y el cuerpo se enderezó de golpe y volvió a ser una máquina de músculos y huesos regida por una única idea:

—Quémallo todo, ahora no importa. No, espera...

Se agacha y rebusca en uno de los legajos hasta encontrar lo que buscaba: una carta. ¿De una mujer? No, ojos más avisados habrían visto en ella, si él no la hubiese ocultado rápidamente en el fondo de su bolsillo sobre el pecho, la rúbrica del rey.

En el gesto roza el pelo de la niña y la mano, en otro tiempo acostumbrada al roce de las pieles más finas, se asusta de su suavidad.

Pero no hay lugar para la debilidad, con voz endurecida se dirige al hombre:

—Las armas están en la cámara. No dejes que las descubran. Deshazte de los papeles, pueden ser peligrosos.

Y, sin volverse siquiera, recoge y viste su capote y afianza la boina sobre sus sienas. El pastor protesta, entre temeroso y solícito:

—La boina, señor. Con ella seréis un blanco fácil en cuanto salga la luna.

La ira ha vuelto a revivir aquellos ojos:

—¿Y cuándo has visto tú que a un carlista le dé miedo su propia boina? —con colérico gesto se dispone a ceñir el sable, pero el tacto de la niña todavía le arde en la mano... y se vuelve hacia ella—: Toma, para cabalgar es un estorbo y no tiene insignias. Guárdalo o... —y su voz vuelve a endurecerse— ...mejor destrúyelo. Sobre todo, no dejes que lo cojan los negros.

A grandes zancadas, como si tuviese miedo de la debilidad que siente llegar, sale de la habitación. La muchacha llora en silencio abrazada a los papeles y al sable.

En la noche el viento amansa, ya no llueve y el agua caída ha sido demasiado poca como para hacer barro siquiera. Tan solo ha matado el polvo de los caminos.

Hay varios caballos preparados. El hombre sube a lomos de un hermoso alazán y se dirige al pastor:

—Y tú, ¿dónde crees que vas? No puedes venir conmigo. Este viaje es solo mío. Vuelve a tu casa, destruye esos papeles y entreténlos cuanto puedas cuando lleguen. No pueden acusarte de nada. Ah... gracias.

Apoya su mano sobre el hombro del pastor, que se oculta de la noche para que no se vean sus ojos inundados y con un «¡Dios, patria y rey!» gritado al unísono por broncas voces, sale el caballo al galope y vuelve el campesino al interior de la casa.

La niña ha recogido todo lo que delataba la presencia del hombre y ha apagado el fuego recogiendo las volátiles cenizas de los papeles. Sobre la mesa, hechos un paquete, los papeles cruzados por el sable:

—Tienes razón, no conviene seguir quemando. Los tiraré al pozo seco y los cubriré con piedras. Allí no mirarán.

Y se reía al recordar los restos de animales arrojados a aquel pozo. No, allí no mirarían. Pero cuando se dispone a coger el paquete, ella se levanta como un animal feroz y, quitándoselos de las manos, cruza con él una mirada en la que el hombre puede descubrir su propia raza capaz de todo:

—Son míos.

—Está bien, pero procura que no te los encuentren. No es tu vida ni la mía, es la suya la que está en juego.

El padre sabe que aquella es la mejor recomendación y no insiste más. La muchacha sale de la habitación apretando su tesoro contra el pecho y dejando fluir tranquilamente las lágrimas.

Entre tanto el caballero, jinete en su caballo, se adentra en la noche cada vez menos oscura y más tranquila.

Al principio era una loca carrera, pero también una loca galopada, agitaba sus pensamientos y aflojó las riendas. El animal es joven e inquieto. Sigue corriendo, pero retarda su ritmo. Y el hombre no se da cuenta. No hace noche para huir, esta es noche de ronda, de aromas de jazmín y galán de noche a la vera de una puerta o una ventana entreabierta.

Pero el amargo sabor de la derrota inunda su paladar. «¡Dios mío, cómo cambia la vida un revés político! Y, a pesar de todo, no cambiaría ni uno de los instantes vividos, ni una sola de las promesas hechas, ni una sola de las creencias defendidas».

Y, después de todo, ¿qué? Esto no es más que una batalla perdida. El león no estaba muerto, solo herido. Ahora busca la oscuridad del redil, pero volverá más fuerte, ¿acaso no volvió siempre?

De pronto el trueno de un disparo y el chasquido de una rama al quebrarse sobre su cabeza lo sacan de su ensueño.

Tira con fuerza de las riendas del animal, que se ha espantado también, y lo detiene.

Allí están, detrás de él. Un grupo de seis o siete figuras negras en la noche, que vociferan y disparan al tiempo que se dirigen, a galope tendido, hacia él.

Absorto en sus pensamientos el hombre no se ha dado cuenta de que, poco a poco, ha ido haciendo su aparición la luna y ahora reina majestuosa en toda la sierra. A su luz blanca, la boina destaca como una amapola en un campo de trigo verde y contra ella disparan sus perseguidores.

Claro que, si la luna es su delatora, también es su aliada y, haciendo gala de la sangre fría que nunca le faltó, espera quieto a que se aproximen más los esbirros de la usurpadora y dispara certero, derribando a uno de ellos, al que marchaba en cabeza, y se preparaba para disparar a su vez.

Con un «Dios perdone su alma», se santigua al verlo caer y, clavando espuelas en el brioso animal al que apenas puede retener ya, lo libera y se confía a sus ágiles patas y robustos músculos.

Pero ha esperado demasiado y están ya muy cerca. Puede oír sus gritos y, si se volviera un instante, vería sus rostros. Sus insultos lo hacen sonreír, lo llaman de todo, pero no su nombre. Si supiesen a quién persiguen serían mucho más feroces en la persecución. Esta es caza mayor, no se trata de una simple liebre de monte.

Como dijo el pastor, lo han reconocido por la boina, eso quiere decir que no pasaron por la casa, que no descubrieron el escondite de su convalecencia o que aquellos amigos supieron, una vez más, comportarse como leales.

Mientras corre al límite de sus fuerzas, fundiéndose con el animal, un leve dolor en el costado le recuerda la herida que le hizo detenerse en la casa y entregarse a los cuidados de la silenciosa niña.

De ahí su retraso y que deba huir en solitario ahora por tierras que su caballo conoce mucho mejor que él. Pero tampoco lamenta esto. Si acaso el poco tiempo del que dispuso una vez recuperado.

El terreno colabora en su huida desenfrenada. Los caminos son estrechos y escarpados. Tanto que sus enemigos no pueden rodearlos, ni cortar su camino. Tenían que haber previsto su itinerario y ese estaba confiado plenamente a la intuición del caballo. El hombre solo se preocupa de que el animal no aminore el ritmo, pero el bruto parece disfrutar de la cabalgada y no tiene el más

mínimo gesto de cansancio, actuando como si supiese a quién lleva a lomos y cuál es su responsabilidad.

Los disparos de los otros menudean, pero solo levantan blancas volutas de humo. Parecen haber reconocido la nobleza del animal del perseguido y, por lo tanto, haber comprendido que no tienen nada que hacer para alcanzarlo, su única posibilidad es derribarlo.

El hombre ni siquiera dispara, ha agotado la munición preparada y no puede soltar las riendas para cargar de nuevo las armas. Alas le salen al caballo en los cascós y, entre tanto, la luna, plácida en lo alto del cielo, descubre al pequeño ratón que se oculta en la hojarasca, pero también proyecta la sombra del mochuelo sobre él, poniéndolo en aviso y a salvo.

Sigue oyendo muy cerca a sus perseguidores. De repente sus gritos dejan de ser violentos y parecen regocijados, como si celebrasen ya una victoria que no han conseguido y que, en cualquier caso, solo conseguirán tras una lucha encarnizada. Incluso van reteniendo sus animales, como si estuviesen seguros del haber conducido a su víctima a una trampa sin salida. Y, sin embargo, es imposible que por allí haya un destacamento o una tropa de guiris, si acaso una, meramente por casualidad y, en ese caso, no es posible que los de detrás sepan de su existencia. No se oye nada, solo el fragor lejano de un río de montaña ocupado en un continuo horadar rocas.

Un poco más y también es visible para el hombre el motivo de alegría de los negros: un enorme precipicio se abre a pico delante del caballo, solo un quiebro brusco que

lo encamine a lo alto del monte puede salvarlo, pero hacia ese lugar, la única salida, se dirigen ya los perros cazadores.

El caballo, cegado por la carrera, no muestra signo alguno de temor, ni se retiene para evitar el vacío. Están demasiado cerca, si lo retuviese ahora probablemente caerían ambos y el caballo se rompería las patas. No merecen tan buenos servicios tan mala paga. Después de todo, si hay que morir, más vale hacerlo en plena libertad y no acorralado como un conejo.

El cuerpo se agacha, se aferra todavía más al animal, hasta fundir sus masas y aunar sus respiraciones. El hombre deja volar su alma hasta postrarla al pie del Cristo Negro de Montejurra y el caballo salta...

Salta y aventaja al viento en su carrera. Aturdidos por el vértigo, caballo y jinete alcanzan la otra orilla. Al pie mismo de la que debía ser su tumba, se vuelven a tiempo para oír el grito de rabia de los que se consideraban ganadores. Luego reemprenden su frenética carrera hacia la libertad, aquella tan maltratada por quienes los siguen.

El puente está demasiado lejos, para cuando consigan cruzar el carca estará ya fuera de su alcance o lo habrá ocultado cualquiera de aquellos campesinos que ayer formaban partidas y hoy apacientan ovejas.

Sin embargo, hay quien no se resigna al final de la persecución y, alejándose un poco, pone su caballo al galope y lo obliga a saltar. Las rocas y el río recogen sus últimos alientos.

¿Cómo pudo saltar el hombre? ¿Lo llamaron desde el otro lado los ojos azules de una niña, o fue solo la fuerza del caballo?

Muchos años después construyeron allí un puente; un puente bautizado antes de nacer: el pontarrón del carlista. ¿Qué más da si era un duque con nombre de santo? Los que sabían su identidad no hablaron nunca y los que lo vieron saltar solo lo reconocieron por su boina blanca.

El poeta

Inspirado por mi padre, Francisco de Asís Patiño Valero

La muerte del poeta ha dejado al mundo inalterado. En ningún periódico se ha escrito ni siquiera una pequeña esquila de aquellas que solo leen los que no tienen interés en los grandes titulares o los que buscan entre estas el nombre de sus amigos, quién sabe si con el temor de ver, de pronto, un día cualquiera y sin avisar, el suyo.

Mucho menos ningún cronista de fama, de aquellos que publican sus artículos con una fotografía suya en lugar de la de su entrevistado, que es siempre un personaje secundario en la importancia del artículo, se dignó prestar su pluma a tan insignificante acontecimiento.

Extrañamente no hubo, tampoco, lánguidas bellezas enlutadas que rodeasen el féretro y se desmayasen en el instante supremo de perder de vista, por última vez, su cuerpo. Ni maduras matronas que vieran traicionada su severa figura por el brillo indomable de sus ojos, apenas apresados tras las espesas rejas de sus pestañas.



¿Qué se hizo, pues, de las musas de tantos poemas? ¿Dónde fueron a parar las experimentadas cortesanas, y las inocentes niñas sorprendidas por la amable amargura del amante? ¿Tal vez se perdieron tantos suspiros en el aire? ¿Fueron realmente las ingratas tanto como para no rendir el último homenaje a quien hizo del de ellas su vida?

Muy pocas fueron las personas que se asombraron cuando, aquella noche, las estrellas no interrumpieron su camino y, mucho más, cuando, al día siguiente, el sol ocupó su mismo lugar a la misma hora de siempre. Un par de amigos y una viuda desconsolada que ocultaba el rostro ajado por los años y estragado por el llanto fueron sus últimos acompañantes. Los únicos acompañantes de toda su vida, aquellos a los que apenas dedicó un par de poemas y, estos, en los albores de su relación, cuando esta aún parecía más intensa que duradera.

No hubo vírgenes sorprendidas y rendidas. No hubo nunca la amargura del arrepentimiento en aquel que sabe que nunca podrá dejar de pecar. No hubo nunca ardientes amantes de una noche que se volvieron frías desconocidas al día siguiente. Y, sin embargo, no hubo nunca penas de amor como las suyas, nunca la llama de la pasión fue tan roja y sus brasas tan duraderas.

Pero él fue un hombre normal, uno más entre los números de un censo, tan solo excepcional para un par de amigos y una bella mujer, a los que dedicó solamente un par de poemas.

El resto vivieron y murieron entre las páginas de un libro de poemas y acaso vuelvan a vivir si alguna vez al-



güen, distraídamente, vuelve a abrir uno de sus volúmenes dormidos y cubiertos de polvo en algún rincón de la biblioteca.

La muerte no encontró en él las características excepcionales que deberían avalar el perdón de su tributo y le presentó su exigencia una luminosa tarde de otoño. A nadie le extrañó su marcha y todos, al consolar a la viuda, se miraban entre sí y murmuraban: «Era lógico, esto tenía que ocurrir. Eran ya tan mayor».

También a él, desde la perspectiva que le daba verse desde lo alto del techo de su habitación, le parecía que aquello era cierto. La verdad es que el ceniciento color del poco pelo que le quedaba y su barba totalmente blanca no le deban muy buen aspecto y ya era hora de que librase de su presencia al mundo.

Pero esta fue una reflexión a la que pudo dedicar muy poco tiempo, o al menos así se lo pareció pues, con el cuerpo, estaba perdiendo también el sentido del tiempo y empezaba a confundir la duración de un segundo con la de un año.

Antes de perderse en el negro túnel, que ya conocía por la descripción de quienes habían vuelto, solo pudo dedicar una mirada de despedida a su mujer. Hubiera querido consolarla, pero ella ya estaba más allá de sus posibilidades.

Hasta ahora el viaje seguía paso por paso las descripciones que había oído y leído y, en todo el cúmulo de sensaciones que lo invadían, solo podía describir con seguridad el deseo cada vez más urgente de no volver, de no detener la marcha, de llegar hasta el final.


Poco a poco la luz iba rompiendo la oscuridad y era para él como el último oxígeno para el que se ahoga, como las primeras bocanadas de aire fresco para quien ha vivido siempre en una atmósfera viciada.

Y ya podía ver aquella luz de blancura y brillo indescriptible a lo lejos; y ya había reconocido a su lado a las personas queridas, conocidas y desconocidas, a quienes siempre había esperado encontrar allí; y ya había visto pasar ante sus ojos toda su vida y había contestado sin hablar a todas las preguntas que se le habían hecho en el mismo tono; y ya veía aquella luz volverse, si ello fuera posible, más blanca y emanar más paz; y ya sentía la mano del santo escurrir la esponja del agua fría y disponerse a pasarla por la divina frente; y ya podía sentir a su alrededor, como flotando en una nebulosa, tan densas y corpóreas como él mismo, las palabras: «A quien mucho yerra por amor, Amor mucho perdona», cuando, en un instante de aquellos eternos, todo se detuvo.

En la paz que emanaba de aquella luz maravillosa era difícil percibir otro tipo de sensaciones, otra clase de sentimientos. Sin embargo, algo, como una gota de niebla en mitad de un brillante mediodía, empezó a sentirse cada vez con más claridad.


Y, en medio de los amables personajes que, hasta ahora, habían guiado al poeta en su camino, empezaron a surgir otras sombras, otras presencias antes nunca vistas, pero mucho más familiares que todo lo sentido anteriormente.

De repente estaba allí la virgen mancillada en un instante de locura sobre la que llora el arrepentimiento del




poeta; la esposa fiel que sucumbe tras durísima batalla y arrastra en su caída a aquél que la provocó; la linda casquivana que juega con los sentimientos del viejo poeta, sin que este pueda hacer nada por defenderse, aún cierto de su perdición; e incluso la virgen altiva a quien no mueven los llantos, ni tan siquiera la muerte por amor del poeta ante su umbral.

Todas estaban allí, tal y como las había soñado durante años, tal y como las había construido, perfectas en su belleza y en su poder, unas veces cruel y otras celestial; pero todas eran reales. Habían salido de esa nebulosa inconsistente en que se mueven las ánimas y eran auténticas y aún tangibles.



Ya no son más el producto de una imaginación, vivo mientras se sueña y muerto al agotarse la tinta de una pluma. Y cada una lo llama con la suavidad de su mirada.



Puede sentir el roce de una mano esquiva, el calor de unas mejillas que se ruborizan; el perfume, a la vez intenso y secreto, que provoca pasiones y las hace derrumbarse; la mirada fría que desmienten los ojos.

Y siente despertar los viejos sentimientos dormidos y se promete vivir eternamente todas aquellas historias empezadas y terminadas en un instante.

Sin darse apenas cuenta se siente irresistiblemente atraído hacia ellas y, cuando se mira en sus ojos, se ve tal y como se pensó al imaginarlas a ellas: altivo y fiero en unos casos; derrotado y humilde en otros, pero siempre más víctima que verdugo, como si no se sintiese responsable de sus actos, como si él, como ellas, no fuese más

que una marioneta manejada por Dios sabe por qué diabólicos poderes.

¿Cómo resistirse a este embrujo? ¿Cómo dejar atrás una vida soñada precisamente cuando se hace realidad?

El poeta ya no puede sentir a nadie más, las mujeres de sus poemas lo envuelven y lo fascinan y, al mirar a una de ellas, puede ver cómo la inmensa luz blanca que presidía la escena se va alejando y desapareciendo.

Vuelve la cabeza hacia ellas y, fijos los ojos en las verdes pupilas de la más cercana exclama. «¿Quién como Dios?».

Entretanto el santo refresca la frente del Padre y el poeta se sumerge en la Luz.